

medio de su desgracia, y Jeanie se esforzaba en callar su dolor, temiendo aumentar el de su padre.

Tal era el estado en que se encontraba esta familia desgraciada la mañana siguiente á la muerte de Portews, época á la que por este lado nos ha conducido nuestra historia.



CAPITULO VII.

Hemos pasado bastante tiempo para conducir á Butler á la puerta de la hacienda de San Leonardo, á donde nuestros lectores no dudarán ahora que se dirigia, cuando le dejamos abandonado para hacer la narracion precedente: pero seguramente, éstos habrán empleado menos tiempo en leerla, que el que Butler pasó sentado al pie de las rocas de Salisbury la mañana siguiente de la insurreccion, que se terminó por la muerte de Portews. Butler tenia varios motivos para aquella detencion. Desde luego deseaba calmar la agitacion y el espanto que le habian causado los sucesos de que habia sido testigo, y la noticia que le dieron de la prision de la hermana de Jeanie, y por otra parte no queria llegar á casa de Deans á una hora intempestiva, y asi determinó no presentarse hasta cerca de las ocho que era cuando él almorzaba regularmente.

Jamas el tiempo le habia parecido correr con mas lentitud. Oyó á la gruesa campana de San Gil tocar sucesivamente todas las horas, que repetian luego todos los relojes de la ciudad. En fin, dieron las siete, y creyó que ya podría ponerse en camino para San Leonardo, del que distaba apenas una milla. Bajó, pues, de la escarpada montaña de Salisbury al estrecho valle que la separa de las alturas que tienen el nombre de San Leonardo.

Este valle, como pueden saberlo muchos de mis lectores, es como una especie de desierto inculto, y lleno de fragmentos y destrozos desprendidos por el tiempo y por la fuerza de los huracanes de las cimas de los diferentes peñascos que le rodean por la parte del Est.

Este parage escondido y solitario, servia muy amenudo de escena á los valientes, para discutir con la espada en la mano algun punto de honor. Los duélos eran en aquella ocasion muy frecuentes en Escocia, pues la nobleza, entregada á la ociosidad, era orgullosa, vengativa y apasionada al uso de los licores fuertes,

y asi ni carecia de motivos de disputas, ni de deseos de terminarlas por medio de un combate singular. La espada, que hacia parte del vestido de los nobles, era la sola arma de que se hacia uso en tales casos.

Butler, siguiendo su camino en direccion á San Leonardo, descubrió un joven que al parecer se escondia entre los despojos de las rocas, de que estaba sembrado el valle, como temeroso de que le viesen. Desde luego presumió que habria buscado aquel sitio retirado para tener alguna entrevista de la especie que hemos dicho, y esta idea se fijó de tal modo en su imaginacion, que creyó seria faltar á su deber como miembro de la Iglesia de Escocia, si pasase cerca de él sin hablarle.

-- Hay momentos, se decia, en los que la menor intervencion basta para evitar el mal, y en los que una sola palabra, dicha á propósito, tiene mas fuerza para prevenir una desgracia, que tendria toda la elocuencia de Ciceron para repararla: y en cuanto á mis propios sentimientos, me serán mas fáciles de soportar, si ellos no me distraen del cumplimiento de mis deberes.

Lleno de estas ideas dejó la senda que se-

guía y se dirigió ácia el desconocido. Este, por el contrario, tomó el camino de la montaña como para evitar encontrarse con Butler; pero viendo que éste le seguía, se volvió denodadamente y se adelantó ácia él con un aire amenazador.

Quando estuvieron á alguna distancia uno de otro, Butler tuvo tiempo de examinar sus facciones, y le pareció de unos veinte y cinco años. Hubiera sido difícil juzgar á que clase de la sociedad pertenecía por sus vestidos; los jóvenes de una clase distinguida no les llevaban muy amenudo de aquella especie en sus correrías por la mañana; pero como la tela no estaba cara, muchos escribientes de los tribunales y mozos de las tiendas de comercio habian adoptado aquel trage. No se podia creer tampoco que el desconocido llevase un vestido superior á su clase: por el contrario, se hubiera pensado que no le correspondia, pues su aspecto era altivo, su modo de mirar dominante, y sus modales parecian decir que en algun caso podria reclamar la superioridad sobre los demas. Su talla era mas que mediana; todos los miembros de su cuerpo guardaban una hermosa proporeion; su cara anunciaba

la amabilidad y la dulzura, y todo su esterior hubiera interesado y prevenido en su favor, sin un cierto rasgo inesplicable que comunica á la fisonomía la costumbre de la dispacion, y si no hubiese tenido en su tono y en sus acciones aquella audacia, que muchas veces solo es una máscara para ocultar el miedo.

Al encontrarse se miraron uno á otro. El extranjero, quitándose el sombrero, continuó su camino sin decir una palabra; pero Butler, habiéndole saludado á su vez, le dijo: -- He aquí una buena mañana, señor; habeis salido bien temprano á paseo.

-- Tengo que hacer aquí; le contestó el desconocido con un tono que no daba aliciente á continuar la conversacion.

-- No lo dudo, le replicó Butler, y me lisonjeo que me perdonareis si me atrevo á añadir, que me persuado que este quehacer será de tal naturaleza, que no esté reprobado por las leyes.

-- Señor, respondió el desconocido con un tono de sorpresa y de descontento, yo no perdono jamas una impertinencia, y no concibo con qué título os abrogais el derecho de mezcláros en lo que no os importa.

-- Yo soy soldado, señor, le dijo Butler con firmeza, y estoy encargado de arrestar, en nombre de mi amo, á los que meditan proyectos criminales.

-- ¡Soldado! dijo el extranjero, dando un paso ácia atrás, y llevando la mano al puño de su espada. ¡Soldado disfrazado! ¡encargado de prenderme! Estimais pues en bien poco vuestra vida, para encargaros de tal comision.

-- Vos no me comprendeis, señor, le contestó Butler con la mayor gravedad: la mision que yo tengo, no es de este mundo: yo soy un Ministro del Santuario, y he recibido de mi Dueño y maestro el derecho de recomendar á los hombres la paz sobre la tierra, conforme á los preceptos del Evangelio.

-- ¡Un Ministro! dijo el desconocido con una sonrisa de desprecio: se que las gentes de vuestra clase se abrogan en Escocia el derecho extraordinario de tomar parte en los negocios de los particulares; pero yo he viajado, y no me dejo conducir por los ministros.

-- Sí, es verdad, señor, que existen gentes de mi clase, ó como hubierais podido decir con mas decencia, de mi vocacion, que se mezclan en los negocios de los demas para satis-

facer su curiosidad, ó por otros motivos aun mas reprehensibles, y no podrias haber aprendido en vuestros viages una leccion mas prudente que la de condenarlos en esta parte; pero yo soy llamado á trabajar en la cosecha del Señor, y quiero mas atraerme vuestro desprecio hablando, que merecer los reproches de mi conciencia guardando silencio.

-- En nombre de todos los santos del cielo, exclamó el joven con enfado, decidme lo que tengais que decir; pues yo no comprendo una palabra ni de vuestra conducta, ni de vuestros discursos. ¿Por quién me tomais, ó qué negocios teneis que tratar conmigo? ¿Conocéis acaso mis acciones ó mis proyectos?

-- Vos teneis el proyecto de violar una de las leyes mas sábias de vuestro pais, y lo que es aun peor, una ley que Dios mismo ha gravado en nuestros corazones, á la cual es imposible contravenir sin que toda la naturaleza no se subleve contra el miserable que la quebranta.

-- ¿Y de qué ley hablais?

-- De aquella ley que dice: *No matarás*: le contestó Butler con un tono grave y solemne.

El desconocido pareció violentamente agitado. Butler creyó haber producido sobre su

imaginacion una impresion favorable, y resolvió acabar su obra. -- ¿Pensais, le dijo, apoyándole la mano sobre el hombro, pensais en la terrible alternativa en que vais á colocaros? ¿Dar la muerte ó recibirla! ¿Podeis pensar en presentaros ante un Dios ofendido, con el corazon aun lleno del deseo de inmolar á vuestro hermano? Pero suponed que tengais la desgracia no menós funesta de sacrificarle á vuestra venganza. ¿Dios no imprimirá sobre vuestra frente una señal indeleble como á Cain, el primero de los asesinos? ¿Una señal, que llena de horror al que la ve, y le descubre al asesino? Pensad...

-- Señor, le contestó el desconocido con una especie de admiracion: vuestros consejos son escelentes; pero los prodigais en pura pérdida. Yo no he venido aquí con malas intenciones contra quien quiera que sea. Puedo haber cometido muchas faltas. ¿No decís vosotros los ministros que todos los hombres las cometèn? Sin embargo, bien lejos de querer atacar la vida de nadie, vengò espresamente á este sitio á salvar la de una victima inocente. Si en vez de entretenernos hablando sobre un objeto que no existe, quisieseis hacer una buena accion, una

obra verdaderamente meritoria, yo os daria la ocasion. ¿Veis allá bajo ácia la derecha aquella pequeña colina, sobre la cual se descubre la chimenea y parte del tejado de una casa que está al otro lado? Pues bien, id á aquella casa y preguntad por Jeanie Deans, y decidla en secreto; que el sugeto que ella sabe la ha esperado aquí desde el amanecer hasta ahora, y que no puede esperarla más. Le añadiréis, pero todo esto con la mayor reserva, que es indispensable que esta noche vaya á esperarme á la orilla de la laguna de Hunter, cuando la luna empieza á salir por detras del monte de San Antonio, ó que de lo contrario, en mi desesperacion me hará capaz de todo.

-- ¿Y quién sois vos para darme semejante comision? le contestó Butler sorprendido, y nada contento.

-- Yo soy el diablo, le respondió con precipitacion el estrangero.

Butler dió dos pasos ácia atras como por una especie de instinto natural, y se encomendó de veras á Dios; pues aunque no era supersticioso, podia creer que efectivamente fuese el diablo que se le aparecia en figura humana.

-- Si, continuó el desconocido, sin hacer

atención á la sorpresa de Butler; dadme el nombre de Berzebú, de Astaroth, ó cualquiera otro que queráis de los espíritus infernales; no importa que elijais á vuestro gusto; puea no hallareis ninguno que sea mas odioso al que le lleva, que lo es el mio á mí mismo.

El desconocido hablaba asi con el tono de la amargura de un hombre lleno de remordimientos de su conciencia, á los que no puede substraerse, y su fisonomia tenia una expresion tan espantosa, que Butler quedó cortado y sorprendido, á pesar de su resolucion y de la firmeza de su carácter.

Despues de haberse explicado en los términos referidos, dió algunos pasos como para irse; pero de repente se paró, volvió á encontrar á Butler, y le dijo con un tono imperioso y decidido:-- Yo he respondido: os he manifestado quien soy, y lo que soy: respondeme vos ahora y decidme ¿quién sois? ¿Cuál es vuestro nombre?

Butler: le respondió éste. La sorpresa que le causó una pregunta tan repentina, y el tono con que fue hecha, no le dejaron reflexionar si seria ó no conveniente el responderle francamente; pero habiendo ya indicado su nombre,

añadió: Ruben Butler, ministro del Evangelio.

-- ¡Ruben Butler! repitió el desconocido, bajando su sombrero sobre los ojos; ¡Ruben Butler, substituto del maestro de escuela de Libberton!

-- El mismo: contestó éste con la mayor tranquilidad.

El estrangero al oír este nombre llevó las dos manos á la cara, como sorprendido por un recuerdo ó una reflexion repentina, dió algunos pasos para alejarse; pero volvió la cara, y viendo que Butler le seguia con los ojos, le gritó con una voz firme, y calculada de modo que llegase hasta Butler, pero que no pasase mas allá. -- Seguid vuestro camino, y egecutad mis órdenes. No os atrevais á ver adonde voy á parar, ni lo que será de mí: yo no me ocultaré en las entrañas de la tierra, ni me elevaré por el aire sobre una columna de fuego; pero el ojo que se atreva á seguir mis movimientos, sentiria sin remedio el no haber cegado antes. Partid; no mireis ácia tras; pero no os olvideis de prevenir á Jeanie Deans que la espero sin falta, cuando salga la luna, en la laguna de Muschat cerca de la capilla de san Antonio.

Concluida esta intimacion, tomó el camino de la montaña, y se alejó con un paso tan rápido y precipitado, como su tono había sido imperioso y decidido.

Poseido de un temor vago de alguna nueva desgracia; desesperado de que existiese un hombre que pudiese enviar al objeto de todo su cariño, á la que miraba como su futura esposa, un mensaje tan extraordinario y concedido en términos tan imperativos, Butler redobló su paso para llegar á San Leonardo, á fin de asegurarse con qué derecho y para qué este individuo tan extraordinario se atrevia á hacer á Jeanie una peticion, á la que ninguna jóven prudente y bien educada debería en manera alguna acceder. Butler no era celeso; pero aquel recado le daba terribles sospechas; porque al parecer solo un amante favorecido podia dar una cita á una hora, y en un parage tan poco conforme con la decencia y el bien parecer; sin embargo, el acento del extranjero no tenia nada que anunciase el amor; su voz no tenia la melodía de la de un seductor que solicita una entrevista secreta; antes por el contrario, tenia la fuerza y tono absolu-

to de un hombre que manda y que quiere ser obedecido.

Butler rendido por la fatiga y sentimientos de la infausta noche que acababa de pasar, y con una imaginacion llena de ideas confusas y sombrías, llegó por fin á San Leonardo.

Adelante, le contestó, cuando le oyeron llamar, la voz que él tenia más placer en oír.

Butler abrió la puerta y entró en la morada de la afliccion y del desconsuelo. Jeanie tuvo sin embargo valor para levantar los ojos, y mirar un instante á su amante; pero luego los bajó y los fijó en el suelo. Es bien conocido el caso que hacen los escoceses de sus relaciones de familia. Ser hijo de gentes honradas, es decir, de padres á quienes no pudiese hacerles el menor reproche, era una ventaja para el pueblo bajo de aquel pais, de los que se envanecia tanto como los nobles de descender de una familia antigua. La estimacion y el respeto que un individuo merecia por su buena conducta, resaltaba sobre toda su familia, y parecian responder que todos los miembros que la componian tenian derecho á inspirar los mismos sentimientos. Al contrario, una man-

cha semejante á la que acababa de contraer una de las hijas de Deans, se estendia á todos sus parientes, y Jeanie se tenia por esta razon como degradada á sus propios ojos y á los de su amante. En vano trataba de combatir este sentimiento, que ella consideraba como egoismo en medio de las desgracias de su hermana, de quien hubiera querido ocuparse solamente: pero la naturaleza ejercia sus derechos, y las lágrimas amargas que vertia, corrían igualmente por el peligro de su hermana, y por su propia degradacion.

Butler, inmediatamente que entró en la casa, descubrió al anciano Deans sentado junto al fuego, teniendo en la mano una pequeña Biblia toda usada, compañera en los peligros de su juventud y su apoyo en las persecuciones que habia sufrido, y que le donó sobre el cadalso una de sus compañeras, que en 1686, habia sellado con su sangre los principios de un fanatismo entusiasta. Los rayos del sol naciente, que entraban por una ventana que estaba á su espalda, daban sobre sus cabellos blancos y sobre el libro santo que él leia: sus facciones duras y severas, tenían una expresion de dignidad estóica: de desprecio por las

cosas de la tierra... En fin, su aspecto, su actitud, la disposicion de la casa, y la situacion de sus habitantes formaban un cuadro, cuyo claro y obscuro, solo podia pintarlo Rembrand, y cuyos personajes exigian la fuerza y la expresion del pincel de Miguel Angelo.

Quando Butler entró, Deans levantó los ojos para mirarle; pero los bajó inmediatamente como sorprendido, è incomodado de verle. Habia conservado siempre sobre el sabio mundano, como llamaba á Butler, tal tono de superioridad, que su presencia en la humillacion en que se encontraba, aumentaba su sentimiento. Tal era la afliccion que sufría un gefe escocés en una antigua Ballada; *¡El conde de Percy es testigo de mi caída!*

No pudiendo soportar su vista, tomó la Biblia con la mano izquierda, y la levantó á la altura de sus ojos, como para ocultar la agitacion que alteraba todas sus facciones, y le alargó la mano derecha. Butler le cogió esta mano que tantas veces le habia servido de apoyo en su infancia, y bañándola con sus lágrimas le dijo: *¡Que el Todo poderoso os consuele!*

-- El lo hará; él lo ha hecho ya, mi jóven y

buen amigo, le contestó Deans recobrando algun tanto su serenidad en vista de la agitacion de Butler. Yo estaba demasiado orgulloso por mis sufrimientos por la buena causa, Ruben, y hoy sufro las pruebas de la vergüenza y de la humillacion. Yo me envanecia demasiado por haber participado de la huida, y de los peligros del digno Donald Cameron; de haber sido puesto en la argolla á la vista del público en Canongate á la edad de quince años por la causa de la iglesia Presbiteriana, por haber levantado mi voz contra las abominaciones de la heregía, y contra la desolacion de Escocia en su union contra la Inglaterra; y ahora...

Aqui se detuvo un instante sufocado por tan crueles recuerdos, y Butler se aprovechó de esta ocasion, para decirle algunas palabras que pudiesen consolarle.

-- Vos sois conocido, mi respetable amigo, como un verdadero servidor de la Cruz, como un hombre que debe marchar á la vida eterna por medio de las alabanzas y las calumnias. El golpe que acaba de heriros en este momento, es una prueba que la Divina Providencia ha juzgado conveniente en su sabiduria el enviaros,

-- Yo lo creo así, dijo Deans cerrando la biblia, y si yo no sé leer las santas escrituras mas que en mi lengua natural, he aprendido á lo menos á llevar mi cruz sin murmurar. Pero la iglesia, Butler, la iglesia, de la que he sido mirado siempre, aunque indigno, como uno de sus apoyos, en la que desde mi infancia he ocupado un asiento entre ancianos, ¿cómo recobrará sus cánticos de alegría cuando los impíos le reprochen, que uno de los fuertes de Israel no ha podido impedir la caida de su propia sangre? ¿En dónde están los arapos de los conocimientos humanos, que puedan encubrir nuestra vergüenza?

Mientras David Deans se esplicaba en estos términos, la puerta se abrió, y se vió entrar á M. Saddletree con su sombrero de tres picos tirado ácia atras para evitar el calor, y sostenido con un pañuelo de seda atado por bajo de la barba, con su caña con puño de oro en la mano, anunciando en todo su exterior el rico propietario, que podía esperar sentarse un dia entre los magistrados de la Ciudad, y aun tal vez ocupar la silla crural.

M. de la Rochefoucauld, que ha descornado el velo, que cubre tantas debilidades del co-

razon humano, dice que nosotros encontramos en las desgracias, aun de nuestros mejores amigos alguna cosa que no nos desagrada del todo.

Saddletree se hubiera puesto colérico, si alguno le hubiera dicho, que se alegraba de la desgracia ocurrido á Effie Deans, y de la humillacion en que se encontraba toda su familia: sin embargo, es una cuestion bastante difícil de resolver, si el gusto de hacer el papel de un hombre de importancia, de buscar, de profundizar, y de citar las disposiciones de las leyes relativas á dicho objeto, no era para él una completa compensacion del sentimiento que le causaba la humillacion de una familia, de la que su muger era algo parienta. Tenia en aquella ocasion entre sus manos un verdadero negocio judicial; se le iba á preguntar su opinion y á solicitar sus consejos que daba tan am. nudo á gentes, que ni se los pedian, ni se cuidaban de ellos. Disfrutaba entonces de la misma satisfaccion, que un niño que arroja con desprecio su reloj de cuatro cuartos, recibiendo uno verdadero, y del que mueve las agujas cuando le dá cuerda.

Ademas de este objeto de discusion, tenia la cabeza llena del incidente de Portews, de

su muerte violenta, y de las consecuencias que podrian resultar para la ciudad. Sufria en aquel momento lo que los franceses llaman; *el embrazo de las riquezas*; una completa confusion de ideas, ocasionadas por el gran número de pensamientos que le ocupaban, que se chocaban y entrelazaban en su cabeza. Entró pues con el aire de superioridad de un sugeto, que sabe cosas; que aquellos á quienes se dirige ignoran todavia, y que se dispone á confundir con el peso de lo que tiene que contarles.

-- Buenos días M. Deans. Buenos días M. Butler; no sabia que conocieseis á M. Deans.

Butler le saludó sin responderle, pues no deseaba hacer conocer á los habladores y ociosos, sus relaciones con la familia de Deans, de miedo que descubriesen la causa principal, y colocaba en la clase antedicha al sillero jurisconsulto.

El digno M. Saddlatree lleno de su importancia, se sentó en una silla de brazo, limpió su frente con el pañuelo, tomó aliento, y ensayó sus pulmones por un gran suspiro, que podia pasar por un lamento.

-- ¡Vivimos en un tiempo bien triste, vecino Deans, le dijo; en un tiempo bien deplorable!

-- Tiempo de pecados; tiempo de vergüenza y de humillacion; le contestó Deans en voz mas baja.

-- En cuanto á mi, continuó Saddletree con aire de importancia, entre las desgracias particulares de mis amigos y los acontecimientos públicos que pueden influir sobre la suerte de mi patria, todo el valor y todo el talento que yo podia tener, parece que me he abandonado y estoy tentado de creerme tan ignorante, como si siempre hubiera vivido *inter rusticus*. Anoche me acesté arreglando, en mi cabeza el plan de lo que se podia hacer en favor de la pobre Effie; yo habia conuinado todas las disposiciones de las leyes, cuando me hallé interrumpido por el ruido y tropel de los que ahorcaron á Portews á la puerta de un tintorero, y este acontecimiento ha trastornado todas mis ideas.

Una noticia tan extraordinaria distrajo por un momento de sus sentimientos al anciano Deans, quien escuchó con algun interés los pormenores de que Saddletree creyó deberle

informar. Jeanie salió de la habitacion como para ir á ocuparse en sus negocios domésticos, y Butler, deseando tener una entrevista particular con ella, no tardó en seguirla dejando á Deans y á Saddletree de tal modo ocupados, que era probable que no echasen de ver su ausencia.

